

Lecturas del Domingo 3º de Cuaresma - Ciclo A

Éx 17,3-7: El problema que antes era que el pueblo no podía beber de las aguas amargas (Cf. 15,22); se profundiza con la realidad que el pueblo no puede beber, puesto que falta la misma. El pueblo desconfía de Dios y piensa que no los puede guiar a la tierra prometida; no obstante, Dios no hace ningún reclamo. Este texto reproduce la Palabra Hebrea (rīb) disputar o pleitear; que significa una ‘tentación de Dios’ de parte del ser humano que pone a prueba su divinidad.

Sal 94,1-2.6-7.8-9: Este Salmo pone de manifiesto la visión de un Dios airado y justiciero que arremete contra la terquedad del pueblo en el Antiguo Testamento. YHWH es Padre amoroso y bueno, pero también Señor todopoderoso al que no se puede manipular, pues con amor corrige.

Rom 5,1-2.5-8: Hace parte el texto de la sección parenética o exhortativa, en donde prevalece la exhortación a los cristianos de Roma de permanecer en la esperanza en medio de las dificultades. Cuando el cristiano permanece fiel Dios, hecho hombre, que padeció por los hombres no defrauda.

Jn 4,5-42: Fue la conversión de un gran número de Samaritanos lo que llevó a la conversión de las primeras comunidades y de todo el mundo conocido en el tiempo de Jesús. La Samaritana se convierte en la primera misionera y sobre su actitud, Jesús enseña a sus discípulos sobre la esencia de la evangelización y de la actitud del discípulo. No obstante el discípulo no debe enorgullecerse de sus éxitos misioneros, sino de la extensión del reino de Dios y la consecuente bendición a quienes lo reciben.

HOMILÍA

La petición de Jesús a la Samaritana, ¡DAME DE BEBER!, es la misma que el pueblo de Israel en el camino hacia la tierra prometida y en medio del desierto, le hace a Moisés; como representante de Dios. La diferencia es que el pueblo se encuentra en una actitud de rebeldía contra Dios y pretenden supeditar su obediencia a que El Señor les conceda el agua.

No estaba ansioso el pueblo de la presencia de Dios, sino de calmar sus necesidades materiales y por eso ‘tientan la omnipotencia de Dios’. Su actitud muchas veces es reflejada en los creyentes, pues seguimos al Señor bajo la condición que calme nuestras necesidades materiales y hasta incluso ponemos en duda nuestro seguimiento y fe, cuando las cosas no salen como nosotros queremos y pensamos.

Se hace necesario entonces, en esta cuaresma, repensar nuestras motivaciones profundas para creer; ya que cuando hacemos depender nuestra creencia en Dios de “LOS MILAGROS” que pueda hacer en nuestro favor, ella se convierte en una fe dañina y superficial. Es cierto que Dios como Padre misericordioso necesita que nosotros le pidamos, pero más que tener a Dios como un ‘tapa huecos’ o sólo buscarle cuando estamos en problemas, debemos adherirnos a Él incondicionalmente.

Seguramente Él puede también obrar milagros en nuestro favor, pero su omnipotencia y amor hacia nosotros es tan grande, que no se basta con suplirnos las necesidades básicas, que en la mayoría de las situaciones, con los mismos dones y potencialidades que recibimos en nuestra vida, las podemos suplir; sino que pretende darnos de esa agua de la que le hablaba a la mujer Samaritana en el pozo: “*quién beba del agua que yo le dé, jamás volverá a tener sed; porque el agua que yo le daré se hará en él un surtidor de agua que brota hasta la vida eterna*” (Cf. Jn 4, 14).

El agua en el evangelio de San Juan tiene un profundo significado, pues se convierte en signo utilizado para dar a entender el nacimiento a una nueva vida, en el relato del bautismo de Juan y Jesús (C.1); como medio de purificación y elemento de transformación al vino bueno que produce alegría en las bodas de Caná (C.2); como signo de un nuevo nacimiento en el Espíritu, por medio del diálogo de Jesús con Nicodemo (C.3); medio para calmar la sed de eternidad que tiene la mujer Samaritana (C.4); portadora de la sanación, en el relato del paralítico que espera en la piscina de Betesda (C.5); apareciendo de nuevo como signo de la vida eterna que brota del corazón humano (C.7).

Pero en fin, en el texto del evangelio de hoy el agua es el medio por el cual la mujer pecadora, con sed, se encuentra con la fuente del pozo, Jesús. Ambos tienen sed; la mujer, sed de beber del agua en medio del bochorno del día, quizás representando al pueblo del desierto, que ausente de la presencia de Dios, no tiene intereses superiores que el alcanzar a calmar sus necesidades inmediatas. Jesús, por su parte, también con sed del ser humano que desorientado se deja llevar por los placeres del mundo y cada vez más sediento; le quiere atraer hacia él para que *‘jamás tenga sed’*.

Quizás podamos representar en cada una de las escenas del relato del evangelio de San Juan, los pasos que necesitamos dar para una verdadera conversión:

- *Reconocer que antes de que nosotros nos arrepintamos o queramos incluso volver a Dios, su amor misericordioso ya nos espera.* El que nos sale al paso por el camino como le salió a la Samaritana (Cf. Jn 4, 4-6); el Dios que se muestra en el Buen Pastor que sale por la oveja extraviada (Cf. Lc 15, 4); el que se alegra como la mujer cuando encuentra la moneda que se le había perdido (Cf. Lc 15,9); el Padre que sale al encuentro del Hijo cuando de Lejos le ve acercarse de nuevo (Cf. Lc 15,20); en fin, el Dios que, siendo aún nosotros pecadores, muere por nosotros (Cf. Rom 5,8).

- *Saber que nuestros pecados no son tan grandes ni tan graves como la misericordia de Dios.* La diferencia entre Jesús como Judío y la Samaritana no eran pequeñas (Cf. Jn 4, 9c) y eran expresión de problemas históricos graves sociales, culturales, políticos, religiosos y morales que venían desde la antigüedad (Cf. Esd 9, 1-2.12). Tantas veces que pensamos que Dios no puede perdonar nuestros pecados o simplemente no nos atrevemos a acercarnos a Él, es quizás porque somos nosotros quienes no nos hemos perdonado, guardamos resentimientos o no queremos enfrentar los procesos de conversión y sanación de nuestras heridas por los pecados.
- *Entender que solamente Dios puede llenar los vacíos interiores y darnos de aquella paz o plenitud que estamos buscando por otros caminos (Cf. Jn 4,10-15).* Quizás hemos buscado la felicidad y la plenitud en nuestra vida, dando vueltas por sendas insospechadas o pensando que en el libertinaje y alegría pasajera nos podemos sentir plenos; pero en dicho esfuerzo, aquella felicidad verdadera y plenitud se nos hacen fugaces y temporales. Tenemos que entender entonces que no podemos seguir prolongando la espera de un Dios que está a nuestro alcance y que sólo le basta que le digamos como esa mujer Samaritana: *¡Señor! dame de esa agua para no tener más sed ni tener que venir a sacarla (Cf. Jn 4, 15).*
- *Convencernos que Dios necesita de nuestra decisión y libertad y que nunca nos fuerza al cambio, puesto que necesita del reconocimiento de nuestras faltas (Cf. Jn 4, 16-18).* Creo que es muy importante en nuestros procesos de crecimiento espiritual, reconocer que Dios hace el mayor esfuerzo y contamos definitivamente con su ayuda y presencia incondicional para superar nuestras faltas o para progresar en cualquier meta o proyecto; no obstante es también importante entender que Dios no hará nada por nosotros de lo que podamos hacer nosotros mismos y necesita de nuestra decisión y libertad. Por eso no es muy separado de la realidad aquél dicho popular de que *'la libertad es la fuerza del ser humano y la debilidad de Dios'*, ya que lo que ama más de nosotros sus hijos y lo que precisamente nos caracteriza como diferentes de todos los seres creados, además de otras características importantes es la libertad que Él mismo nos ha regalado. No sería un Dios y Padre Bueno si por fuerza, miedo, o castigo, nos tratara de acercar a Él. Indudablemente pasa por nuestros caminos y toca a nuestra puerta, pero nos da la libertad de abrírsele (Cf. Ap 3,20).
- *Entrar en un diálogo progresivo y gradual con Dios para que de igual manera nuestra conversión sea profunda y determinante (Cf. Jn 4,19-27).* Cierto es que existen momentos decisivos como el del encuentro personal de la Samaritana con Jesús, lo que también nosotros necesitamos para dar un primer paso hacia la conversión; dicha oportunidad se nos concede a través de un retiro espiritual, una situación particular de vida o un momento de lucidez espiritual; quizás de caída profunda en el pecado. Pero sin lugar a dudas no nos podemos quedar con esos instantes trascendentales y debemos de cultivar el proceso de conversión a través de la oración, el estudio de la Palabra, la celebración de los sacramentos y muchos otros medios de los que disponemos para seguir

creciendo y desarrollándonos. El proceso de conversión *tiene un punto de comienzo* (*Le dice Jesús: Yo Soy, el que habla contigo. Cf. 4,26*); pero seguramente nunca un punto final mientras que estemos en este mundo, ya que siempre necesitaremos actualizar nuestra fe, renovarla y ponerla en práctica en los diferentes momentos y experiencias de vida; de tal manera que se haga viva y operante. (“Querido Timoteo, conserva el depósito de la fe, evita la charlatanería profana y las objeciones de una mal llamada ciencia, la cual algunos por profesarla, se apartaron de la fe”. 1 Tim 6,20-21)

- *Ser prolongadores o misioneros de la buena nueva y anunciar lo que Dios ha hecho con nosotros y puede hacer por otros (Cf. Jn 4,28-42)*. Ningún bien recibido que se guarde de manera egoísta puede crecer o robustecerse, sino que por el contrario, se corre el riesgo de perder o disminuir. Por consiguiente, el evangelio, Buena Nueva de salvación que hemos recibida estamos en la obligación de trasmitirla a los demás. Sucede con el evangelio como con los miembros de nuestro cuerpo; puesto que si ellos no se usan, terminan por atrofiarse o debilitarse. De igual manera los dones recibidos de Dios a través del evangelio, debe ser transmitido y quedamos con la obligación en conciencia de hacerlos conocer a los demás. No hay don más grande, ni alegría más profunda que conocer a Jesús, por consiguiente, debemos manifestar esta alegría poniendo todo el esfuerzo de nuestra parte para que otros conozcan el amor de Dios y tengan la oportunidad del encuentro con Jesús.